

J. B. Priestley

● Por Rodolfo Garcés Guzmán

VINO un periodista joven.

Quería saber si es verdad que fui amigo de J. B. Priestley. El dramaturgo inglés había muerto la noche anterior y deseaba información, vivencias, impresiones.



El J. B. sintetizaba John Boynton. Priestley fue un dramaturgo que dio en el blanco de la crítica social. La indagación del concepto de tiempo como efímera y convencional medida de una realidad que trasciende sus límites, es uno de sus temas fundamentales. Otro asunto de su predilección fue la polémica frente al orden social constituido. Se lo recordé, aquella tarde del 11 de enero de 1957, en una sala de la Universidad Federico Santa María. Acababa de presentarlo en una conferencia y le pedí me retribuyera con el peaje fundamental de una entrevista.

—Ocurre que el mundo o parte de él está podrido —advirtió ante aquel planteamiento—. Yo no pretendo ser profeta, pero sí pintor de hechos y circunstancias. Sé que no voy a cambiar la faz de la Tierra ni puedo llamar a la humanidad al mea culpa. Pero al describir, pintar, acentuar el claroscuro de una situación, pienso que siquiera uno recogerá el mensaje y pondrá algo de su parte para mejorar, al menos en su dimensión, el peregrinaje al borde de un negro abismo.

—Entonces es moralista—, aventuré. Frunció el ceño.

—¿Moralista? ¡Qué calificativo, señor...! Diga que soy ingenuo, soñador, pero no moralista. Tengo bastante con mi propia intimidad, que no logro domar, para ponerme a dictar cátedra en las ajenas.

Gordo, bonachón, con una inmensa cara en que brillaban dos ojillos azules.

Un mechón de cabellos ralos, pero activos, coronaba su cabeza. Mordisqueaba incansablemente una pipa. Tenía entonces poco más de 60 años. Confesó que su principal enemigo era la impaciencia. Le pregunté si ésta lo roía al escribir.

—Sólo a veces, pero no tanto. Medito mucho. No alcanzo a dejarme llevar por ningún sentimiento de angustia ni emoción. La obra sale terminada del rodillo de mi máquina antes de una semana.

Estudió en Cambridge, pero la guerra cortó la carrera. Vivió el drama del frente y no quiso retornar a las aulas. Corrector de pruebas en diarios, luego cronista. Pronto tuvo libros publicados. Ensayos críticos como "Meredith", "Los caracteres cómicos ingleses" y otros; también una novela, "Buenos compañeros", que luego fue pieza teatral y película. Tenía ya fama cuando en 1932 estrenó "Esquina peligrosa". La aplaudió la crítica, pero los resultados económicos fueron precarios y el sindicato que la había respaldado la retiró de la cartelera. Furioso, compró el sindicato con los derechos ganados en sus libros. Eran ahorros que le habían costado privaciones, pero quiso "dejar de ser esclavo de los empresarios". Triunfó, no sin asumir la dirección de la obra. Escogió el teatro como género predilecto, porque "es la fórmula para que la gente sienta profundamente el fuego de las ideas". Recalcó: "En el teatro se puede crear un género de emoción que va más allá de lo que se puede conseguir en cualquier otro medio". Ejemplo, "Llama un inspector". Hizo dinero. Lo alcanzó la gloria. Nunca estuvo satisfecho. Su receta: "Crear primero los personajes. La gente, entre ella, crea la obra".

Quería deshacerse de mí y me regaló una pipa. Hablamos dos horas. ¿De qué? Ya lo leerá usted —y pronto— en mi libro "Personajes fabulosos".

J. B. Priestley [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

J. B. Priestley [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile